

Año de la Fe:

Aunque no seamos del mundo, somos enviados al mundo

■ Michelle Moran



En este Año de la Fe se nos anima a «descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios» (*Porta fidei* 3). Recientemente, he estado reflexionando sobre Evangelio de san Juan y sus cartas. Durante los días previos a la Navidad, la vida se vuelve atareada y hay muchas cosas por hacer. Sin embargo, tomé conscientemente la decisión de no dejar que el lado comercial de las cosas que me distrajesen. Traté de mantenerme en la silenciosa espera durante el Adviento, en el cual miramos a través de la oscuridad a la espera de la luz. Nada de ello es fácil en medio de las luminosas decoraciones de las tiendas y el fuerte sonido de los villancicos, ¡que comienzan a escucharse en la primera semana de Adviento! Volvimos a casa unos días después de Navidad y nos encontramos con la vecina, quien estaba ocupada quitando las decoraciones de Navidad. Ella decía que estaba contenta de «volver a la normalidad» y, sin embargo, para nosotros era solo el cuarto día del tiempo de Navidad. Para muchos de nosotros es fácil sentirse fuera del mundo. Somos un pueblo de destino y sabemos dónde está nuestra verdadera patria (Fil 3,20). No obstante, durante

nuestra vida terrenal también tenemos una vocación y misión. No hemos ser espectadores o pasajeros simplemente pasando el tiempo mientras esperamos nuestra recompensa celestial. Estamos llamados a fijar la mirada en las cosas celestiales, a adoptar la perspectiva celestial y vivir la «vida abundante» (Jn 10,10). Debemos irradiar esto a todos aquellos con quienes nos encontramos.

Llamados a estar en el mundo pero no a ser del mundo

Al leer el Evangelio de Juan, Jesús nos recuerda: «ustedes no son del mundo» (Jn 15,19), y, sin embargo, dice: «ellos están en el mundo» (Jn 17,11). ¿Cómo podemos entender esto? ¿Dios nos



llama a vivir una «existencia de otro mundo» manteniéndonos separados del mundo para que no nos contaminemos o corrompamos? Debemos tener cuidado de no caer en el dualismo en el que vemos la luz y la oscuridad en conflicto permanente y por lo tanto rechazamos todo lo que es del mundo por ser del mal (CIC 285). En su oración sacerdotal, Jesús no pide al Padre que nos lleve del mundo, sino que nos proteja del maligno (Jn 17,15). Por lo tanto, sin duda hay una batalla que estamos librando, pero, en última instancia, por la sangre de Jesús tenemos la victoria.

En el credo profesamos nuestra fe en «un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la Tierra». Además, el catecismo nos recuerda: «Es una verdad fundamental que la Escritura y la Tradición no cesan de enseñar y de celebrar: “El mundo ha sido creado para la gloria de Dios”» (CIC 293). Así que, claramente, nuestra misión es estar «en el mundo» irradiando la gloria de Dios. Como san Buenaventura nos recuerda, no aumentamos la gloria de Dios, pero la ponemos de manifiesto y la comunicamos. Pero sabemos también, por la caída, que «el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar», y por ello siempre debemos que estar tranquilos y atentos (1 Pe 5,8). Tenemos que cuidarnos de estar demasiado inmersos en las «cosas del mundo». Esto va desde estar demasiado ocupados y distraídos en las cosas temporales, hasta caer en los peligros de los que san Juan nos advierte, a saber: «la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y

EN ESTA EDICIÓN

Año de la Fe:

Aunque no seamos del mundo, somos enviados al mundo

Michelle Moran

Liderazgo:

Conflictos en el equipo de servidores

María Eugenia F. de Góngora

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Son necesarias las oraciones de purificación?



No hemos ser espectadores o pasajeros simplemente pasando el tiempo mientras esperamos nuestra recompensa celestial. Estamos llamados a fijar la mirada en las cosas celestiales, a adoptar la perspectiva celestial y vivir la “vida abundante” (Jn 10,10).



la arrogancia del dinero» (1 Jn 2,16).

Los últimos días: tiempo de actividad misionera

Hay un sentido en el que nosotros como cristianos nos encontramos en la misma compleja situación en la que Cristo estuvo en la tierra. Jesús era completamente hombre, era el Emmanuel, Dios con nosotros, y fue fiel a su misión. Vino al mundo como Redentor y Salvador para quitar el pecado del mundo (Jn 1,29). A través del misterio pascual, Cristo pregonó la nueva creación e hizo posible que todos los que tengan fe reciban la vida nueva. Sin embargo, este mundo no ha alcanzado plenamente su fin. La gracia de la Redención sigue operando en un universo sufriendo (Rm 8,18-25). La victoria de Cristo solo será completa cuando venga en gloria. Hoy vivimos, en «los últimos días», el tiempo especial en el que Cristo ha venido entre nosotros y en el que esperamos con gozosa esperanza la venida del Señor en gloria. La Iglesia nos recuerda: «El tiempo de la actividad misional discurre entre la primera y la segunda venida del Señor, en que la Iglesia, como la mies, será recogida de los cuatro vientos en el Reino de Dios. Es, pues, necesario predicar el Evangelio a todas las gentes antes que venga el Señor (cf. Mc 13,10)» (*Ad gentes* 9). Al final de su ministerio terrenal, Jesús nos dio la gran comisión, por la cual hoy también estamos llamados: «Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15).

Uno de los temas subrayados por el santo padre durante este Año de la Fe es el llamado a la «nueva evangelización». En un sentido, esto no es un concepto nuevo para nosotros los de la Renovación Carismática, porque cuando somos bautizados en el Espíritu, hay una gracia para la evangelización. Por ende, muchos de nosotros hemos estado poniendo en práctica el llamado realizado por primera vez por el beato Juan Pablo II a comprometerse con la nueva evangelización, que es «nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión» (*Discurso a la XIX Asamblea del CELAM*). No obstante, esto no debe llevarnos a la autocomplacencia. Hemos sido proféticos en la temprana respuesta al llamado y hemos sido instrumentos del Señor para preparar el camino para las nuevas cosas del Espíritu. Ahora nuestro desafío es seguir avanzando con confianza, constantemente discerniendo cómo el Señor quiere servirse de nosotros para dar testimonio y anunciar el Evangelio en el mundo actual.

Esto encuentra un eco en la *Lineamenta* para el Sínodo del 2012 sobre la nueva evangelización: «No se trata de hacer nuevamente una cosa que ha sido mal hecha o que no ha funcionado, de modo que la nueva acción se convierta en un juicio implícito sobre el

desacierto de la primera. La nueva evangelización no es una duplicación de la primera, no es una simple repetición, sino que consiste en el coraje de atreverse a transitar por nuevos senderos, frente a las nuevas condiciones en las cuales la Iglesia está llamada a vivir hoy el anuncio del Evangelio» (5).

A medida que seguimos nuestro recorrido por el Año de la Fe, el papa Benedicto XVI nos anima «efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó» (*Porta fidei* 6). Al reflexionar sobre la primera epístola de san Juan, se nos recuerda que estamos llamados a caminar en la luz y vivir como hijos de Dios. Allí se nos presentan cuatro «condiciones» que podemos utilizar para la reflexión personal:

- Romper con el pecado. Uno de los nombres del diablo es padre de la mentira. Una de las formas en que nos mantiene en la esclavitud es cegándonos de nuestro pecado. Sin lugar a dudas, para los que buscamos caminar en el Espíritu, mientras más caminamos hacia el Señor, más nos alejamos del pecado. Sin embargo, el llamado es a purificarnos a nosotros mismos, «como él es puro» (1 Jn 3,3). Así que vamos a tratar de incorporar a nuestra vida espacios para el examen de conciencia regular, el arrepentimiento y el sacramento de la reconciliación.
- Guardar los mandamientos, sobre todo la ley del amor. «Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él» (1 Jn 2,5). San Juan continúa diciendo que se trata de amar con gestos concretos a aquellos que nos rodean. «No amemos de palabra de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18).
- Estar alejados del mundo. Se nos recuerda que el mundo como lo conocemos pasa y, por lo tanto, tenemos que discernir cuidadosamente las cosas del mundo y, al mismo tiempo, hacer resplandecer la luz de Cristo.
- Estar en guardia contra los enemigos de Cristo. Aunque estamos librando una batalla, san Juan nos recuerda que hemos «sido ungidos por el Santo» (1 Jn 2,20) y «somos de Dios y tenemos dentro de nosotros que es mayor de lo que nadie en este mundo» (1 Jn 4,4).

Ciertamente, estamos viviendo tiempos difíciles donde la fe se ha erosionado y a veces nos sentimos atacados. A la luz de esto, vamos a vivir más profundamente la gracia de este año especial y confesemos «la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza» (*Porta fidei* 9). 🏠

Conflictos en el equipo de servidores

■ María Eugenia F. de Góngora



Grandeza del humano es saber superar conflictos. Si popularmente se dice: «hablando se entiende la gente», ¿cómo podemos traducir esto al lenguaje cristiano, al lenguaje de Jesucristo? Quizá: «Amando se entienden los cristianos», verdadero lenguaje para entendernos y superar los conflictos.

Es de humanos errar, y ¡somos humanos! Vivimos en estructuras humanas aún, por lo que siempre habrá conflictos, y ¡qué bueno es esto! Es excelente oportunidad para poner en práctica las virtudes, los dones, sobre todo el amor. Es oportunidad —aunque parezca irónico— de demostrar valentía y no dejarnos abatir o defraudar por los retos que se presentan en los equipos de servicio. Si recordamos, encontramos en el libro de Hechos de los Apóstoles escenas tan ilustrativas acerca de cómo en las primeras comunidades los servidores superaron los conflictos; probablemente se levantaron la voz, se enojaron —y mucho—, se contrariaron, pero finalmente reconocieron que todos buscaban una misma meta: servir al Señor y extender su reino, seguían adelante superando los obstáculos que se presentaban. Para seguir adelante, no cabe duda, tenían la suficiente claridad de saber que estaban unidos no por una membresía formando un club, o por un simple trabajo, donde con facilidad, en cualquiera de los casos, podían presentar su renuncia y retirarse, sin que nada pasara. Al contrario, imperaba la claridad de tal «llamada», llamada recibida cargada de amor y compasión, del Creador a su criatura, llamada desde el corazón de Dios al corazón del hombre, llamada no por mérito alguno, llamada por pura gracia que ha significado también la mirada especial de Dios sobre cada convocado. Esta llamada llena y transforma sus vidas; ellos estaban muy conscientes de que él les llamo a hacer lo mismo que él hace: manifestar su gloria, su poder, su compasión... manifestar en una palabra su amor.

Grandes lecciones se nos presentan a lo largo de la historia. A pesar de las diferencias, logran ponerse de acuerdo por amor a Jesús, aunque no siempre es fácil, ceden, mueren a sí mismos para que reine la unidad y el amor entre hermanos.

¡Qué frutos recogen! En los Hechos de los Apóstoles, enfrentando debidamente los conflictos, hacen del aparente fracaso un triunfo todo por amor a Jesucristo. El resultado edifica toda la comunidad, encontramos el nacimiento de grandes concilios que dieron —y al día de hoy siguen dando— nortes seguros a la Iglesia.

Presentamos a continuación algunas pautas sencillas para llegar al consenso y solución de conflictos:

1. Enfrentar el conflicto a tiempo. Plantear y discernir objetivamente el problema, con seriedad, claridad y sin miedo (Jn 2,3; Hch 6,2-3).
2. Oración. Abundante oración de fe, serena, pausada, perseverante, escucha atenta a las inspiraciones del Santo Espíritu. «Hemos decidido el Espíritu Santo y nos...» (Hch 15,28).
3. Diálogo. Suficiente diálogo fraterno, con todas sus buenas características: respeto, escucha recíproca, auténtica valoración del uno por el otro, madurez buscando que el único vencedor sea solamente el Señor (Fl 2,1-5).
4. Amor. Lo más importante: el Espíritu de Dios que mueve, que impulsa, que empuja, sin el cual nada podemos hacer. Nada será grato

al Señor sin él. Solo en el amor hay autenticidad y solo así las mejores decisiones, sin revanchismos posteriores (1 Cor 13; Prov 10,12).

Feliz la comunidad que soluciona los conflictos y sigue adelante tal como leemos en *Hechos*: «cada día se sumaban más y más a la comunidad de discípulos», cada día la Iglesia, a pesar de persecución y martirio, se extendía y avanzaba, pero ¿por qué?, ¿cuál era, podríamos decir, el imán? Ciertamente ¡el testimonio auténtico! La credibilidad, fuerza y autoridad estaban fundamentadas en el amor. Nadie quiere seguir a personas falsas, incoherentes, no hay fuerza, allí difícilmente está el Espíritu Santo, siempre la verdad aflora y se recoge lo que se siembra. Si hay autenticidad, las comunidades son atrayentes, aún con la carga de problemas, pero fieles al mandato de Cristo, testifican cómo solucionarlos.

En pleno siglo XXI, a pesar del extraordinario progreso en tantos campos, todo parece muchas veces truncado cuando se trata de manifestar la tolerancia, el respeto y el amor hacia el prójimo. Vemos un mundo dividido por irracionales egoísmos, ambiciones y deseos de poder. Tristemente esto se traslada o proyecta algunas veces a los equipos de servicio, quedando envueltos en la oscuridad de la rivalidad, sospecha, y el sinsabor de no progresar en el amor. Si en este momento nos preguntáramos si sabemos de alguna comunidad o comunidades destruidas o estancadas, la respuesta puede ser afirmativa. Han perdido totalmente su misión. Comunidades que lejos de manifestar la grandeza de Cristo y su Iglesia, manifiestan otra cosa con el mal testimonio, no atraen, actúan como efectivos y fuertes «repelentes» a no participar en las comunidades, de allí que escuchamos aquella dura exclamación de Gandhi: «Creo en Jesucristo, pero no creo en los cristianos...».

Las comunidades en su estructura puramente humana no pueden ser amorfas, ni automáticas para que todo funcione bien. Es necesario el equipo de servicio como desde los primeros tiempos y este, sin temor a dudas, juega esencial papel en lo que corresponde, para que las comunidades crezcan sanas, pero sobre todo para que cumplan la misión que el Señor les encomienda. Muy infeliz y acomodado será no tener la suficiente entereza o preocupación en solucionar debidamente los conflictos como comunidad de personas civilizadas, miembros de la civilización del amor. Dice la Palabra que si pierden su sabor, serán como sal «sosa» que ya no sirve para nada. Que tragedia no servir para nada, cuando el llamado y misión es tan grande y sublime. Es más serio de lo que podríamos pensar. Por no saber manejar conflictos a tiempo se pierde un equipo de servicio, pero a la larga es muchísimo más, es como las ondas de agua al caer una piedra, forman ondas centrífugas, que alcanzan de lo más cercano a lo más lejano. Grande pérdida... dones valiosísimos, comunidades enteras, almas de niños, jóvenes, matrimonios, donde ya no llegará la Palabra del Señor. Como mal manejo de una célula cancerosa que contagia y se extiende matando todo el cuerpo, así se mata la comunidad muchas veces por mal manejo de los conflictos.

Gran amor y responsabilidad debemos poner en práctica al enfrentar los conflictos a «tiempo». Los cuales, más que para destruir o disminuir el amor fraterno, deben servir para conocernos y unirnos más. Al sobrepasarlos, debemos ser aún más hermanos, más familia, como con la inocencia de los niños que se enojan, se pelean, pero felizmente casi de inmediato siguen en su ocupación. 🏠



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Son necesarias las oraciones de purificación?

¿Qué es una oración de purificación? ¿Es necesaria después de haber orado por alguien pidiendo sanación o liberación? Si no se hace, ¿es probable que suframos cosas como dolores de cabeza, aflicciones o problemas para dormir?

Una oración de purificación es por lo regular una plegaria para liberar a los que han orado de la influencia de cualquier espíritu maligno que pueda haberse pegado a cualquiera de ellos durante el servicio de oración.

Lo primero que se ha de recordar es que tanto la oración como la fe son esenciales en el ministerio; una oración de purificación concreta no lo es.

Nos ponemos en oración antes de orar por los demás y durante ello, humillándonos ante el Señor y pidiéndole lo que necesitamos. Damos gracias y alabamos al Único liberador y le pedimos una mayor unción, una fe más profunda, humildad, y le rogamos por la liberación de los cautivos.

También traemos a la mente nuestra fe, recordando la verdad: Cristo está entre ustedes (Col 1,27); tienen la autoridad de los hijos de Dios (Jn 1,12); se les ha dado la fe para apagar todas las flechas incendiarias del maligno (Ef 6,16); si los envía, nada puede hacerles daño alguno (Lc 10,19), y el Señor les dará fuerzas y los librará del Maligno (2 Ts 3,3).

La oración expresa la fe, la intensifica, y libera su poder. La oración puede vencer el miedo, que se opone a la fe. Debemos preguntarnos: ¿la persona que no logra conciliar el sueño durante toda la noche permanece auténticamente en oración anhelante... o simplemente preocupada con los ojos cerrados?

Un buen lugar para comenzar

Después de una sesión de oración, es bueno seguir lo que Jesús enseña en *Lucas 10,17-20*:

«Los setenta y dos volvieron con alegría, diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Miren: les he dado poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada les hará daño alguno. Sin embargo, no estén alegres porque se les someten los espíritus; estén alegres porque sus nombres están inscritos en el cielo”».

Nuestra primera acción debería ser volver a Jesús con júbilo y participar en su gozo y alegría. Al humillarnos en alabanza y gratitud por el privilegio de participar en su ministerio, recordamos que nuestro éxito es todo por su gracia. Él prometió: «nada les hará daño alguno». No debemos prestarle demasiada atención al diablo o preocuparnos por las obras del enemigo. Ni siquiera deberíamos impresionarnos por la manifestación del maligno en una persona. Esto puede darle al enemigo ventaja. Más bien, deberíamos mantener nuestros ojos fijos en Jesús y su obra de redención.

Podremos ser más vulnerables al enemigo si la persona por la que oramos no experimenta alivio, o si el mal era manifiesto y

de algún modo penetró nuestros pensamientos por medio de una palabra, emoción o imágenes. También podemos ser vulnerables si la sesión provocó un recuerdo doloroso que no ha sido purificado. Un espíritu maligno necesita un punto de apoyo en nosotros para pegarse a nosotros.

Si esto sucede, resistan el miedo, la duda y la incredulidad, y vean esto como su oportunidad para crecer. Oren con los demás y entren en la presencia del Señor. Renuncien a la mentira, la duda y la incredulidad. Quizá deseen utilizar su oración de purificación preferida para que les ayude a entrar en el gozo del Señor.

Resistan la tentación de esperar algún tipo de represalia por parte del enemigo. Cuando escalamos montañas, hay una determinada altura a la cual no llegarán las serpientes. Así también debemos llegar a un nivel de fe donde el enemigo ya no nos puede morder de la misma manera como cuando empezamos.

Evalúen la oración

Cuando rezamos una oración de purificación hecha por otro ministerio, de vez en cuando deberíamos evaluarla para ver si refleja la fe que se nos ha dado y si encaja con el ministerio que estamos haciendo. Una oración de purificación que exprese su fe y les acerque a Dios será de gran ayuda. A la inversa, no deben rezar oraciones de purificación por puro legalismo o superstición, pensando que algo malo sucederá si no rezan esa oración precisa.

El combate espiritual

El combate espiritual es un aspecto normal de la vida cristiana. Es parte de la vida en el Reino aquí en la tierra. Los ataques espirituales incluyen todo, desde la tentación hasta las pruebas cotidianas de vivir en un mundo caído, inclusive una época más intensa de ataques contra su identidad y bienestar. En esas épocas, recuerden que Dios es siempre bueno.

Sin embargo, no todas las pruebas vienen del enemigo. Luchamos contra nuestra naturaleza caída y contra las presiones naturales del mundo. A veces, lo que sentimos como un ataque del enemigo es realmente una prueba de Dios (véase Dt 8,2). El Señor nos ha liberado y quiere desenmascarar cualquier sutil regreso a la idolatría de confiar en nuestras propias fuerzas.

Jesús es, por supuesto, nuestro verdadero modelo. Él fue tentado y desde luego pasó por pruebas, pero nunca culpó al diablo por sus pruebas ni se centró en el enemigo. Se centró únicamente en la voluntad del Padre o bien ignoró al enemigo (se quedó dormido en la barca), resistió la tentación del enemigo (citó las Escrituras), o reprendió al enemigo (en el desierto y en Pedro) mientras se sujetaba a la voluntad de Dios. A diario le abría el corazón a su Padre y, mientras proclamaba el Reino, lo promovía expulsando espíritus. En su pasión, Jesús obedientemente asumió los pecados del mundo y experimentó todo el peso del mal que entró en nosotros por el pecado. Tuvo confianza en el Padre en todas las cosas. Nuestras actitudes tienen que ser las mismas que las suyas. 